



¿Quién podrá enumerar tus gracias todas Sagrario del Divino Sacramento, desposada feliz en regias bodas con el autor del sol y firmamento?

Hija bendita y predilecta de Ana, ¿quién podrá referir tus galas bellas, si es tuyo el esplendor de la mañana y el fulgor de tus ojos las estrellas?

Si la que guió a Belén a los pastorea tomó de tu mirar su luz preciosa, y al perder a Jesús, de tus dolores nació la Perla del Oriente hermosa.

Si el brillante más rico y preferido es inferior en brillo y en pureza, al llanto que tus ojos han vertido en tus amargas horas de tristeza.

Si el mundo que era un páramo, un desierto, al verte se cubrió de lindas flores, y cual roca de Horeb tienes abierto un manantial de gracias y favores.

Si tus manos purísimas y hermosas convierten una zarza en azucena, y donde pisas tú, brotan las rosas aunque sea dura roca o blanda arena.

¿No así pasó en la gruta venturosa donde

dijiste: Soy la Inmaculada, y en el Pilar feliz de Zaragoza, y en nuestro Tepeyac, Virgen sagrada?

¿No la luz que produce tu ropaje ofusca la del sol tan esplendente, y los luceros bajan a tu traje y son corona de tu casta frente?

Pues dime entonces, ¿cómo puede el hombre atreverse a ensalzar tanta grandeza?

¿Cómo se atreve a pronunciar tu nombre y a cantarle a tu angélica pureza?

Si las arpas de coros celestiales a ti te cantan, dulce Madre mía,

¿Cómo osarán las lenguas de mortales hablar de tu poder, Virgen María?

Debieras castigar mi atrevimiento, mas no lo haces así porque eres buena Ofusca tu humildad mi entendimiento y tu misericordia me enajena.

Perdona sí, lo que te dice un loco y pobre corazón que amarte ansia, mientras avergonzado yo coloco en tu altar mis jazmines, Madre mía.

